

tan femenino de jugar a la doncella en apuros para que el hombre, espolado por su afán protector, acabe haciendo por ella esta gestión engorrosa o aquella aburrida diligencia.

Pero por favor, no se asusten los caballeros porque no está en mi ánimo hacer una exposición de malas artes femeninas ni tampoco soltarles una perorata feminista, sino exponerles cómo los inconvenientes antes expuestos con los que se encuentra una autora a la hora de crear por el mero hecho de ser mujer también pueden convertirse en interesantes ventajas.

Naturalmente, cuando una mujer se sienta a escribir no tiene en cuenta (por lo menos no debería tener en cuenta) el hecho de pertenecer al sexo femenino. Es cierto que algunas autoras en el pasado, intentando abrir brecha, pusieron mucho énfasis en que sus obras de ficción fueran una especie de apología femenina o feminista, pero el experimento no tuvo demasiado éxito. Toda labor de creación -y ahora hablo especialmente de la novela-, que haya sido concebida para defender una idea, nace irremediablemente tarada, puesto que pone la imaginación al servicio de algo o alguien cuando la imaginación no debería tener más limitaciones que las que ella misma marque.

Es por tanto un error, a mi modo de ver, el partir de la premisa "Yo soy una mujer y voy a escribir un libro que refleje tal circunstancia". Pero tampoco es bueno hacer abstracción de su condición femenina e intentar escribir con una óptica masculina, trampa en la que han caído no pocas autoras del pasado.

Las grandes escritoras son, seguramente, las que escriben sin plantearse un punto de vista masculino o femenino sino buenamente lo que les sale de dentro.

Sin embargo, aun cuando se escribe de un modo libre, es sorprendente ver cómo muchas autoras resultan bastante masculinas a la hora de narrar; tanto es así que grandes obras escritas por mujeres como "Memorias de Adriano", o

por poner un ejemplo algo menor, las novelas de Agatha Christie, son totalmente masculinas y cuentan con una descripción de personajes del sexo opuesto muy fiel y real. He aquí precisamente una de las ventajas que, a mi modo de ver, tiene una escritora sobre sus colegas masculinos: Ellas suelen conocer mejor la psicología del sexo contrario. Y no por razones de talento sino simplemente por un problema cultural.

Nosotras vivimos en un mundo en el que no sólo el lenguaje se ha ido conformando para expresar los sentimientos masculinos tal como apuntaba Tomas Hardy, sino en el que casi todas las expresiones artísticas son obra de ellos. Así, el cine, la literatura, la poesía, todo nos habla de cómo sienten, de cómo piensan los hombres. En cada expresión artística se desnudan sus sentimientos y se desvelan sus almas. No es de extrañar por ello que una escritora como lectora u observadora privilegiada de tantos sentimientos puestos al desnudo llegue a reunir, inconscientemente a lo largo de su vida, muchos más datos sobre la psicología del varón, que ellos por su simple experiencia personal con el sexo opuesto.

Alguien a esto, podría argumentar que en la literatura, a pesar de que no abundaran hasta este siglo las escritoras, sí han abundado desde siempre los personajes femeninos, algunos de ellos sublimes como las heroínas de la literatura griega, Antígona, Penélope, y que también los autores masculinos leyendo tales obras aprenderían a conocer a la mujer.

Pero lo cierto es que todos estos personajes inmortales, a pesar de su indudable valor artístico, no son otra cosa que creaciones masculinas, retratos vistos a través de los ojos de un hombre.

Decía Virginia Wolf a este respecto que hasta el siglo XIX, la literatura tomó casi exclusivamente la forma de soliloquio, no de diálogo. "El sexo más charlatán" -decía ella- "es, a pesar de la creencia general, el masculino, no el femenino. En



FOTO JUBER

**Carmen Posadas contesta a las preguntas de los informadores**

todas las bibliotecas del mundo puede oírse la voz del hombre hablando consigo mismo y generalmente de sí mismo". "Es verdad" -continúa diciendo Virginia Wolf- "que la mujer ha sido centro de mucho interés y que frecuentemente es retratada en la literatura, pero cada día es más evidente que lady Macbeth, Ofelia Helena y un largo etc., no son lo que pretenden ser. Algunas son hombres disfrazados mientras que otras representan aquello que al hombre le hubiera gustado ser o lo que es consciente de no ser. El proyectar en una persona del sexo opuesto todo lo que echamos de menos en el universo y todo lo que detestamos en la humanidad es un profundo y universal instinto tanto en el hombre como en la mujer".

Por todo ello -concluye diciendo Wolf- la mayoría de las más famosas heroínas de la literatura, incluso muchas de las del siglo XIX representan quizá lo que los hombres desean en las mujeres, pero no necesariamente lo que ellas son en realidad".

**Carmen POSADAS**